

# Paula ñam, ñam...

MERCÉ VIANA









## **Ilustración**

Antonio Perera

## **Coordina la colección**

Equipo Dylar

## **Diseño**

Alfonso Méndez Publicidad

## **Maquetación**

Equipo Dylar

## **Corrección y adaptación**

Alejandra Reyes-Retana G.

## **Impresión**

DECERO

ISBN: 978-84-15966-81-4

Depósito legal: CS-539-2016

© Mercé Viana

© de la edición en castellano

**DYLAR ediciones**

[www.dylar.es](http://www.dylar.es)

[www.dylar.mx](http://www.dylar.mx)



Este libro está impreso sobre papel reciclable, ecológico, libre de cloro, y contribuye al desarrollo sostenible de los bosques.

---

Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.

# Paula ñam, ñam...

MERCÉ VIANA



# Mercé Viana

---



## ¿Conoces a la autora?

Mercé Viana, es una escritora mediterránea, que nació en Alfafar, España, bajo el signo zodiacal libra.

Es licenciada en Ciencias de la educación y en la actualidad, compagina la creación literaria con la elaboración de materiales didácticos. Ha sido galardonada con diversos premios de Innovación Educativa de la Consejería de Cultura, dos becas literarias

de la Diputación de Valencia y diferentes premios literarios: Vila Benetússer, La Forest d'Arana, Vicent Silvestre de la Ciudad de Alzira, Carmesina, Samaruc... Ha participado en programas de radio y mesas redondas sobre literatura infantil.

Tiene publicadas más de setenta publicaciones pedagógicas entre libros, cuadernos y artículos, así como más de sesenta obras de literatura infantil, juvenil y poesía, entre las que podemos citar: *Un mago de cuidado, Un brujo que embruja, El sabio Cirilo, El vampirillo sin dientes, Los sueños de Khadim, Paula menjaforats, L'ampla mar de Jules Verne, ¿Qué le pasa al abuelo?*

También sabemos que le gusta la poesía, viajar y contemplar su mar.

## **Rellena tu ficha**



Mercé Viana es de .....

.....

Su signo del zodiaco es .....

..... Es licenciada en

.....

Compagina la creación literaria  
con.....

.....

Y ha obtenido premios .....

..... de Innovación

.....

y algunas.....

Escribe en.....

¿Cuál es el otro género literario  
por el que Mercé siente afición?

.....

Escribe el nombre de otros cuentos  
publicados en esta colección:

.....

.....







gana sin que el maestro la regañara y, naturalmente, acabar con el murmullo interno de hambre incontrolada, gracias al pan con jamón y queso que su mamá le había preparado por la mañana. ¡Eso sí que era bueno de verdad!

Con la sonrisa de un caníbal hambriento delante de los manjares más exquisitos, abrió la bolsa y...

—¡Chin! ¡Se me olvidó el lonche!  
—exclamó tan fuerte que todos clavaron la mirada en su persona.

La sonrisa se le quedó congelada, como si se tratara de la sonrisa de una foto y, lentamente, los labios parecieron caer a tierra.

El bullicio interno aumentaba. Era como si todas las orquestas del mundo se hubieran dado cita en su interior, mientras que, contradictoriamente, la

sensación de vacío se iba extendiendo por todo su cuerpo:

—¡Croec! ¡Xrup! ¡Clop! ¡Groac!

—¡Qué relajo! ¡A mi estómago le encanta la pachanga! —dijo Paula con cara de desesperanza.

Las compañeras y los compañeros habían desaparecido de la clase con una rapidez mágica y Manuel, el maestro, estaba preparándose para salir al patio. Paula, con los ojos llenos de súplica, le pidió:

—Maestro, ¿me da permiso para ir a casa? Es que olvidé el lonche...

Y Manuel, que siempre que podía hablaba haciendo rimas con las palabras, le contestó, levantando la mano derecha:

—¡Ay, niña sin una piña, ni pensarlo, ni tampoco soñarlo! Si no te trajiste almuerzo, te quedarás sin refuerzo.

Dicho esto, Manuel salió del salón.

Paula, con la cabeza llena de pensamientos negros contra el maestro, volvió a su silla. Si no tenía lonche tampoco saldría al patio. Solamente le faltaba ver cómo sus compañeros y compañeras se comían el lonche, pensaba la criatura.

El concierto interior descontrolado continuaba y Paula comenzó a pensar en las cosas que podrían calmar su estómago furioso.

Lo primero que se le ocurrió fue contarle el partido de baloncesto que había visto en la tele el domingo anterior, pero:

—Mejor no, porque... ¿y si a los estómagos no les gustan los partidos de baloncesto?

A continuación pensó en contarle la última película de Indiana Jones, pero...

—Mejor no. Podría ser demasiado violenta para un estómago que sufre.

Después de descartar contarle un chiste, bailar un jarabe y hasta decirle cosas bonitas, consideró que la solución más acertada sería silbar canciones.

—¿No dicen que la música amansa a las fieras...?

Paula comenzó a silbar una balada, después siguió con un rock duro y acabó con una marcha militar. Pero ni flores. Los ruidos, en lugar de disminuir, parecían animarse más.

De pronto, como hipnotizada, se quedó mirando fijamente su mesa. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? El tablero tenía una decoración más que interesante. Una decoración en la que, con toda seguridad, habían participado todos y cada uno de los niños y niñas que, un año tras otro, habían

ocupado el lugar que ahora ocupaba ella. En aquella mesa ya no cabía nada más: miles de rayas geométricas, centenares de dibujos diminutos, docenas de manchas y agujeros de todas las medidas y profundidades imaginables pintadas, eso sí, con diversas sustancias líquidas.

Al mismo tiempo, una idea iluminó su cerebro. La solución a su problema había llegado finalmente.

—¡Ya sé lo que debo de hacer! ¡Comer alguno de estos agujeros! Por lo menos, llenaré la panza.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, Paula tomó un agujero de la mesa decorado con aceite de atún.

—Huuuummm, ¡qué bueno! Probaré otro. A ver, a ver..., probaré, probaré... ¡este de color verde!

Probó otro agujero que habían decorado con tinta de plumón verde y, con mucho cuidado, se lo llevó a la boca. Lo paladeó con placer y...

—¡Caramba! ¡Qué sabroso está! Parece uno de los caramelos de menta que Rosa vende en su tienda.

Paula, animada por el descubrimiento, no se lo pensó las tres veces que hay que pensar antes de tomar una decisión y se comió todos los agujeros de la mesa. Después del agujero verde, continuó con otro que habían hecho con un lápiz roto, después probó otro de uña nerviosa y, al acabarlo, se decidió por uno de pluma Bic...

Un momento más tarde, la mesa quedó tan lisa y limpia que parecía acabada de estrenar.

—¡Guau y requeteguau! ¡Qué invento tan fabuloso! A partir de ahora, ya se

